

Domingo 22 marzo 2009
El Evangelio de Hoy

Jn 3,14-21

Sin fe es imposible agradar a Dios

En el Evangelio de este domingo, que nos transmite parte del diálogo de Jesús con un fariseo de nombre Nicodemo, una cosa es clara: para tener la vida eterna es necesaria la fe. En estas breves palabras Jesús lo repite tres veces: «El Hijo del hombre tiene que ser levantado para que todo el que crea tenga, por él, vida eterna... tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna... el que cree en él, no es condenado».

¿Qué es la fe, que logra ese efecto asombroso, a saber, que los que estaban destinados a la muerte por sus pecados, tengan, en cambio, vida eterna? ¿Qué relación tiene la fe con Jesús, que se llama a sí mismo «Hijo del hombre» e «Hijo unigénito de Dios»? En las tres frases que hemos citado se usan preposiciones distintas en el texto original griego: «en él» (la preposición se ha entendido en sentido instrumental y se ha traducido «por él»), «hacia él» (la preposición expresa movimiento hacia, se entiende, para apoyarse sobre y se ha traducido «en él»). La vida eterna se obtiene, entonces, «por Cristo», es decir, por algo que ha hecho él; pero también es necesario algo que hagamos nosotros, es necesario que nosotros creamos en él, que nos apoyemos completamente en Cristo en la certeza de que él ofrece un apoyo firme que no nos defraudará.

Es importante saber qué es la fe, pues -lo dice claramente la epístola a los Hebreos- «sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb 11,6). Para explicar este concepto analizaremos una afirmación de San Pablo: «El hombre se justifica sólo por la fe en Jesucristo» (Gal 2,16). El hombre es convertido de pecador en justo sólo por la fe en Cristo. El único medio es «la fe en Cristo», así dice en general la traducción española. Pero el original griego es mucho más complejo. La palabra griega que se ha traducido por fe es la palabra «pistis». En la expresión que analizamos el nombre de Cristo está en caso genitivo, de manera que la traducción literal sería: «la pistis de Cristo». Este sería el único medio de justificación. Pero ante esto hay que decir dos cosas: en el Nuevo Testamento nunca aparece Cristo como sujeto del verbo creer; y la primera acepción de la palabra griega «pistis» no es fe, sino «fidelidad», es decir, aquella cualidad de una cosa que la

hace confiable. El hombre, entonces, se justifica «por la fidelidad de Cristo», por algo que posee él que lo hace digno de confianza. Esto es absolutamente necesario.

¿Por qué, entonces, se traduce por «fe en Cristo»? Porque la segunda acepción de «pistis» es fe, es decir, confiar en, apoyarse en, abandonarse a. Y aquí es el hombre el que actúa, en cuanto que es él quien confía y se abandona a Cristo, seguro de que el apoyo que Cristo ofrece no defrauda.

La fe es, entonces, el encuentro de dos cosas: a) De la fidelidad de Cristo, es decir, del hecho que Cristo es firme y no defrauda; en este sentido el hombre tiene vida eterna «por él». b) De nuestra fe en él, es decir, que nosotros creemos que él ofrece ese apoyo y nos apoyamos en él con plena certeza; en este sentido el hombre tiene vida eterna creyendo «en él». Si falta cualquiera de estas dos cosas la fe no se realiza y el hombre no puede tener vida eterna: si Cristo, en realidad, no es un apoyo fiel, entonces, apoyándonos en él, lejos de tener la vida eterna, quedaremos defraudados; por otro lado, si Cristo es ese apoyo fiel, pero nosotros no nos apoyamos en él sino en otra cosa cualquiera, también quedaremos defraudados y no tendremos la vida eterna. Ahora podemos entender lo que es la fe y su absoluta necesidad para salvarnos.

Hemos dicho que hay algo que tiene al hombre como sujeto, algo que hacemos nosotros: creer en Cristo. Pero la teología nos enseñan que la fe es un don de Dios, que la fe es una virtud sobrenatural, de manera que eso que hacemos nosotros también es un don de Dios. Lo afirma Cristo cuando los judíos le preguntan cuál es la obra de Dios. Ellos quieren saber qué obra buena tienen que hacer. Jesús responde: «La obra de Dios es ustedes crean en quien él ha enviado» (Jn 6,29). La salvación no depende de una obra buena que ellos hagan, sino de una obra buena que hace Dios y esa obra de Dios es que nosotros creamos en Cristo. El hecho de que nosotros creamos en Cristo también es una obra de Dios, es un don de Dios. Por eso nuestra oración constante en esta Cuaresma debe ser la que dirigieron a Jesús los apóstoles: «Señor, aumentanos la fe» (Lc 17,5).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles